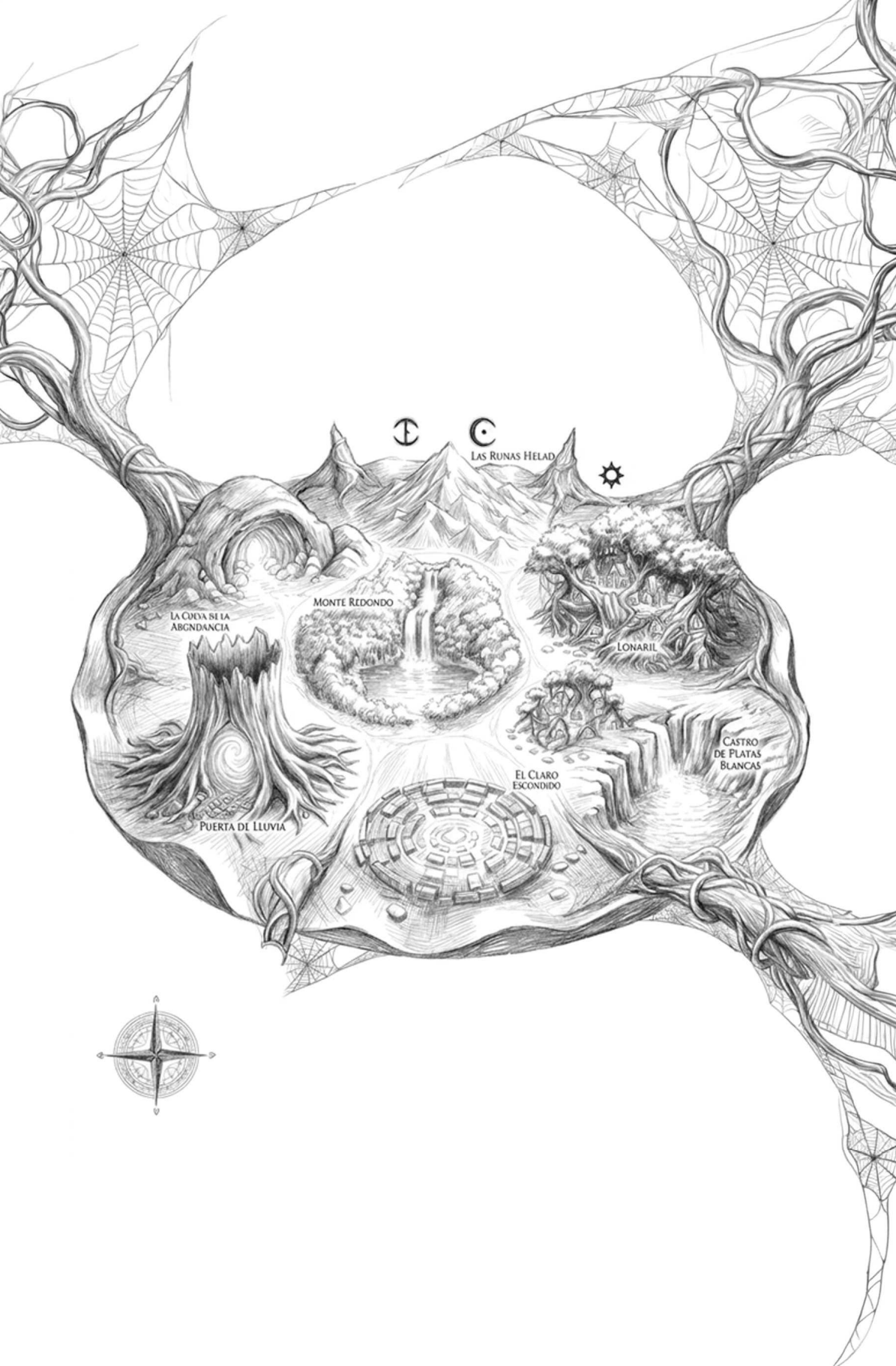
Los portadores del ojo verde


Las Runas Helad
Monte Redondo
La Cueva de la Abundancia
Lonaril
Castro de Platas Blancas
El Claro Escondido
Puerta de Lluvia

UN CUENTO CREADO POR

A. P. TORRESCUSA

Los portadores del ojo verde

Ilustraciones de Aurelio T. Andrade

© 2025 A.P. Torrescusa. Todos los derechos reservados.

Quedan estrictamente prohibidas, sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos, la reproducción total o parcial, el almacenamiento, la transmisión o la traducción de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, reprográfico, grabación, o cualquier otro.

Registro de la propiedad intelectual (Safe Creative): 2511173723118. ISBN: 9789403951638.

Primera edición: noviembre de 2025.

Segunda edición: octubre de 2026.

Edición: Ángel Pérez Torrescusa.

Diseño y maquetación: Aurelio T. Andrade.

Ilustración de cubierta: Aurelio T. Andrade.

Corrección: Ángel Pérez Torrescusa.

Esta obra es de ficción; cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es mera coincidencia.

Para permisos, consultas y usos licenciados: www.aptorrescusa.com.

Año de publicación: 2026.

Titular: A.P. Torrescusa.

Editorial: Independiente.

Contacto: www.aptorrescusa.com

Para Unai y Uxue,

vosotros encendisteis la chispa de este cuento, noche tras noche, con ojos abiertos y corazón atento. A pesar de la dislexia, la voz encontró su camino y las palabras aprendieron a volar. Este libro nace de nuestras risas, de las preguntas imposibles y de la magia compartida. Gracias por enseñarme que contar también es leer con el alma. Todo lo que aquí vive, vive por vosotros.

ÍNDICE

	Nota del autor	9
	Prólogo	13
1	EXCURSIÓN EN SOLITARIO	15
2	UN ENCUENTRO INESPERADO	45
3	LA CALDERA DE LA ABUNDANCIA	49
4	EL BOSQUE DE NIEBLAS: UN INFIERNO DE TIEMPO PERDIDO	59
5	LÓMARIL	63
6	EL CORAZÓN CRISTALINO: UN REINO ESCONDIDO	69
7	GRAN ÁRBOL MILENARIO	73
8	EL BOSQUE SUSURRANTE	79
9	LOS CUSTODIOS DEL CLARO ESCONDIDO	85
10	EL DESFILADERO DE LAS CURVAS RETORCIDAS	101
11	CURADORES DEL TIEMPO	105
12	CASTRO DE LAS PLAYAS BLANCAS	125
13	OTRA DIMENSIÓN MONTE REDONDO	133
14	EL REGRESO A LAS CICATRICES DE MONTE REDONDO	157
15	LAS MADRES	165
16	LAS RUNAS HELADAS	171
17	EL RITUAL DE LOS DOS SOLES NOCTURNOS	199
18	NUEVO RENACER EN MONTE REDONDO	209
19	REEMPLAZO GENERACIONAL	217
	Sobre el autor	221

NOTA DEL AUTOR

Una noche, cuando el viento golpeaba los postigos con dedos de lluvia y la casa olía a sopa y a madera húmeda, descubrí que la voz también podía ser linterna. Yo, que confundía letras como quien mezcla semillas, que veía las palabras bailar fuera de sitio, me senté al borde de dos camas gemelas con sábanas desparejadas y prometí que el papel no tendría la última palabra. Unai me miró con esa seriedad de capitán antes de zarpar; Uxue escondió la sonrisa bajo la manta, como si guardara un secreto con luz propia.

No leí; canté con la voz baja, inventé con cuidado, como quien sopla sobre un rescoldo hasta que prende, y así nació el bosque que vosotros conoceréis como Monte Redondo.

Aquellas primeras noches eran una especie de pacto: si el mundo se volvía demasiado ruidoso, si las letras se me escurrían como peces de las manos, nos iríamos a caminar entre árboles que respiraban hondo. Les conté de un ojo verde que no pertenecía a un rostro, sino a un linaje, a una promesa que latía bajo la corteza de los robles y en los ríos que no sabían ir en línea recta. Les hablé de caminos que se abren al decir «por favor» y de puertas que solo se ven cuando alguien pregunta «¿y si...?».

Unai preguntaba con prudencia, midiendo los bordes del misterio; Uxue interrumpía para poner nombre a lo innombrado, como si bautizar también fuera una forma de cuidar.

No sabíamos que estábamos dejando huellas en un suelo que el tiempo no borra. Creíamos que se trataba de pasar la noche, de espantar el sueño o el miedo, pero cada historia se quedaba a vivir en la casa: bajo la mesa, dentro del armario de las toallas, en la lámpara del pasillo. Algunos días, cuando nadie miraba, juraría que el ojo verde parpadeaba desde el reflejo de una ven-

tana o desde el charco más quieto del patio. Y, sin embargo, por mucho que las historias insistieran, yo seguía teniendo pudor de ponerlas por escrito; me parecía traicionarlas, exigirles una forma que quizá no les hacía justicia.

Los niños crecieron. Como crecen los árboles que no hacen ruido hasta que ya dan sombra. Unai se volvió alto y silencioso, de esos silencios que ordenan el caos; Uxue aprendió a hilar preguntas en voz baja que abrían ventanas en habitaciones sin aire. Un día supe, con la claridad de una mañana limpia, que ya eran adultos: me hablaron de sus trabajos, de sus trenes, de sus dolores y de su risa, y en sus ojos seguía latiendo, intacto, el resplandor de aquellas noches.

Fue entonces cuando el cuento, que llevaba años grabado en el yeso de las paredes y en la madera de la mesa, empezó a pedir papel. No un papel que corrigiera su aliento, sino un cuerpo donde respirar sin depender de mi voz. Durante días pegué notas en la nevera como si fueran hojas de un bosque nuevo; escribí con lápiz blando, taché con esa furia tímida de los que temen perder el hilo, y comprendí que escribir, para mí, sería siempre traducir lo invisible a un idioma que se dejara tocar.

A veces me dolía la cabeza como si un enjambre buscara salida, y entonces volvía al primer gesto: cerrar los ojos, recordar sus camas, su respiración hermanada, y decir en voz baja «érase un bosque...».

En ese ir y venir entre memoria y presente, descubrí algo que tal vez vosotros ya sabéis: las historias no maduran con el calendario, sino con el amor que reciben. Este cuento esperó paciente a que los niños se hicieran grandes, no para despedirse de ellos, sino para caminar a su lado con otra ropa. Lo que antes era un refugio nocturno se convirtió en una brújula; lo que era un juego de voces hoy es también un mapa de regreso. Y en ese mapa hay marcas que solo aparecen cuando se las necesita: un roble que guarda un nombre, una piedra que devuelve una palabra, una corriente de agua que lleva noticias del futuro.

Mucho se ha dicho sobre la dislexia, casi siempre desde la orilla del obstáculo. Yo quiero contarla desde la orilla del puente. Es cierto que las letras me tropezaban, que la lectura me pedía esfuerzos que a otros les salían como respirar; pero gracias a ese tropiezo aprendí a escuchar lo que no se imprime: el ritmo de una frase cuando todavía no tiene tinta, la respiración de un personaje cuando todavía no tiene nombre. Ese es el don inesperado, la vuelta de

tuerca: allí donde falta una escalera, uno aprende a construir peldaños con la voz.

Cuando por fin tuve el manuscrito entre las manos, sentí que algo estaba completo y, al mismo tiempo, recién comenzando. Completo, porque el cuento había encontrado su cuerpo de papel y podía salir de casa sin miedo a olvidar el camino. Recién comenzando, porque ahora otras voces —las vuestras— lo leerán, lo cuestionarán, lo abrigarán o lo soltarán, y cada gesto será una nueva rama en este árbol. Alguien me dijo que los libros son como botellas al mar; a mí me gusta pensar que son semillas de viento: no se sabe dónde caerán, pero siempre encuentran tierra.

A veces me preguntan si el ojo verde existe de verdad. Respondo que existe cada vez que alguien mira con curiosidad y con cuidado al mismo tiempo. Existe en Unai cuando mira lo que otros no miran, y en Uxue cuando nombra lo que otros no nombran. Existe, también, en quien abre estas páginas y decide quedarse un rato a escuchar cómo suena el bosque por dentro.

Hoy, que Unai y Uxue son adultos, este libro es también una carta que se escribió sola con la caligrafía del tiempo. No pretende corregir ninguna infancia ni idealizarla; quiere agradecerla. Quiere decir: «lo que fue sigue siendo», pero con una serenidad nueva, con una madurez que no apaga la chispa. Si alguna vez os encontráis extraviados —como yo entre letras—, recordad que hay un sendero que se enciende cuando se pregunta «¿y si...?».

A vosotros, lectores, gracias por prestarle al cuento vuestros ojos, vuestros ritmos, vuestras pausas. Tal vez descubráis que Monte Redondo se parece a un lugar que conocéis aunque nunca hayáis estado. Tal vez reconozcáis, en el borde de una página, la luz titilante de una lámpara vieja y el murmullo de una casa que aún huele a sopa y a madera. Si eso ocurre, si el libro os devuelve una escena que creíais perdida, entonces habrá cumplido su tarea: recordar que lo esencial sabe llegar, aunque a veces tarde, aunque a veces cambie de forma.

Este cuento quedó grabado en el tiempo, sí, como las marcas que hace un niño con una piedra sobre la corteza de un árbol. Hoy, por fin, tiene un cuerpo que respira: estas páginas. Si las cerráis, seguirá latiendo; si las abrís, correrá. Que cada uno lo lleve a su bosque y lo deje encontrar su propio ojo verde.

PRÓLOGO

En las vetas ocultas del mundo, donde el murmullo del viento teje antiguas leyendas y la savia de los árboles guarda secretos milenarios, existe un vínculo ancestral, una promesa forjada entre la naturaleza y aquellos nacidos bajo la enigmática marca del ojo verde.

Esta es la historia de Unai, un joven cuya vida se entrelaza con el destino de Monte Redondo, un bosque que respira y sangra como un ser vivo. Acompañado por su primo Eneko y guiado por un linaje que creía perdido, Unai se embarcará en una odisea a través de poblados ocultos, enfrentando peligros que desafían la razón y desvelando verdades que trascienden la propia realidad.

En un mundo donde la codicia humana amenaza el equilibrio sagrado, la valentía de un muchacho y la sabiduría de un pueblo ancestral se alzarán como la última esperanza para un renacer, recordándonos que la verdadera magia reside en la conexión, el amor y el inquebrantable latido del corazón de la Tierra.





Thalor

CAPÍTULO 1

EXCURSIÓN EN SOLITARIO



—No olvides pasar por casa de tu tita Irene antes de irte —dijo su madre desde la cocina—. Me llamó ayer y ya tiene eso que le pediste.

—Y levántate ya —remató la madre—, que también tienes que ir a comprar pan si quieres llevar bocadillo. Hice una tortilla y la dejé enfriar para que no reblandezca el pan.

—No sé qué secretos os traéis tú y la tía —refunfuñó, golpeando un cazo contra el fregadero—. ¡La muy terca no me quiso decir nada!

—Pues claro que no —rio Irene al otro lado del teléfono, que Amparo aún sostenía entre el hombro y la mejilla—. Esas cosas son entre el muchacho y yo.

Para Unai, ese domingo sería diferente: sería la primera vez que subiría él solo hasta la colina de Monte Redondo. Siempre lo hacía con su padre, y muchas veces los acompañaba su primo Eneko —un año más joven—, pero aquella semana no estaba: desde que sus padres se separaron, a Eneko le costaba coincidir para las excursiones o para completar el herbario que llevaban construyendo desde niños.

—¡Mamá, no encuentro el cuaderno de hojas! —gritó Unai desde el sótano—. ¡No puedo ir sin él!

Le había prometido a su primo que recogería hojas de fresas silvestres y de aquellos árboles extraños que habían descubierto juntos el mes anterior. Las habían visto cuando aún estaban brotando, y ahora sería el momento perfecto para preservarlas.

—Mira debajo de la bombona de butano —respondió la voz de Amparo, teñida de paciencia—. Seguro que sigue allí desde la última vez.

Era cierto. Cada vez que Unai regresaba de sus excursiones, bajaba al sótano, colocaba las hojas entre las páginas del cuaderno, las aplastaba con dos tablas de roble y, por último, las sellaba bajo el peso de la bombona llena. Así garantizaba que se secaran planas, listas para pegar en el álbum que compartía con Eneko.

—Sí, mamá, está aquí —confirmó—, pero llevaré otro cuaderno. No quiero que se estropeen las últimas hojas que puse a secar.

Unai desplegó su mochila sobre la mesa de la cocina y comenzó el ritual que su padre le había enseñado: cada objeto debía ser tocado, comprobado y colocado en el orden exacto que Andrés consideraba sagrado. Mientras lo hacía, notó que sus dedos reproducían los mismos gestos rápidos y seguros que había visto miles de veces en las manos callosas de su padre.

La bolsa de basura vacía (un rollo de plástico gris). La desenrolló hasta que el aire la hinchó como un globo marchito. «La naturaleza no es nuestro cubo de basura», le había espetado Andrés la vez que encontraron una pila de latas oxidadas junto al arroyo. Desde entonces, Unai siempre llevaba dos: una para los desechos ajenos y otra para los propios.

La cuerda de escalada (ocho metros, fibras naranjas). Todavía conservaba el nudo que su padre le había enseñado a hacer —el «nudo de la abuela», útil para asegurar rampas improvisadas—. La olió brevemente; aún desprendía un tenue aroma a resina de pino de aquella vez que la usaron para rescatar a un cachorro atrapado en un barranco.

La brújula de latón (con grabados de lobos). Un regalo de su décimo cumpleaños, comprado en una tienda de viajes durante unas vacaciones en los Picos de Europa. El vendedor, un hombre con una cicatriz en forma de rayo, le había susurrado: «Esta brújula no señala el norte, sino el camino que más necesitas». Unai nunca supo si era una broma, pero cada vez que la abría, la aguja temblaba como si intentara escapar.

Los trapos rojos (retales de la antigua cortina del salón). Andrés los había teñido con zumo de remolacha para que resistieran las lluvias. Al tacto, ásperos y crujientes, le recordaban la piel de dragón de los cuentos que su padre inventaba junto a la hoguera.

El mechero de piedra (obsequio de un guardabosques). Lo encendió tres veces, como solía hacer su padre para comprobar la llama. El chasquido del metal lo devolvió al día en que resbaló en el riachuelo: el agua le había robado el aliento, pero el fuego crepitante de Andrés no solo secó su ropa..., también le enseñó que hasta el frío más hostil podía domesticarse.

La cantimplora de aluminio. Al llenarla, el agua produjo un eco profundo, como si la Cascada Redonda ya estuviera llamándolo desde lejos.

La navaja multiusos (con la hoja principal mellada). La ranura más gastada era la del abrelatas. La guardó en el bolsillo secreto tras palpar su contorno bajo la tela.

El kit de emergencia (en una funda de neopreno). Dentro, junto a las tiritas y el yodo, guardaba un diente de león prensado desde que tenía siete años. «Es para atraer a los espíritus del bosque», le había dicho Eneko con solemnidad infantil. Nunca se atrevió a sacarlo.

El impermeable plegable (verde musgo). Al desdoblarlo, una lluvia de motas doradas —polen acumulado de excursiones pasadas— se esparció sobre la mesa. Su madre se quejaría luego al limpiar, pero a Unai le gustó pensar que era como llevar un trozo de cielo estrellado en la mochila.

Al cerrar la cremallera, un escalofrío le recorrió la espalda. No era miedo, sino la certeza de que cada objeto guardaba un fragmento de quienes amaba. Se ajustó las correas, imaginando que el peso extra era la mano de su padre sobre su hombro.

—Mamá, voy a por el pan. ¿Con una barra será suficiente?

—Sí, con una ya llega —respondió ella—, pero date prisa y no olvides pasar por donde tu tía.

Unai salió de casa a toda prisa y se dirigió a la panadería del final del pueblo. Prefería caminar el triple de distancia antes que comprar el pan correoso del supermercado, que se ponía duro como una piedra en cuestión de horas. Además, el trayecto le permitiría pasar por casa de su tía Irene —hermana mayor de su madre y, a su vez, madre de Eneko—, que lo esperaba con un misterioso encargo. Al llegar, golpeó con los nudillos la puerta de madera gastada.

—¡Hola, tía! —dijo al verla asomarse—. Mamá me dijo que querías verme.

—Pasa, pasa, sobrino favorito —respondió Irene con una sonrisa pícara, apartando cortinas de cuentas que tintinearon como campanillas.

—Favorito, dices... ¿Como si tuvieras una legión de sobrinos? —bromeó Unai, dejando caer la mochila junto a la entrada.

Irene se acercó a la estantería de roble, de donde sacó un paquete envuelto en papel de estraza.

—¿Recuerdas que me dijiste que algunas hojas os confundían? Pues, además del libro que pediste... —Hizo una pausa dramática, alzando una lupa de cristal de cuarzo con grabados de hojas—. Esto te ayudará a verlo.

Unai abrió el paquete con dedos temblorosos. La lupa tenía el mango tallado con espirales que recordaban las venas de las hojas.

—¡Gracias, tía! —exclamó, abrazándola—. ¡Con esto podré diferenciar hasta las agujas de los pinos! Y... ¿sabes? También me servirá para estudiar insectos y hongos.

—Eso espero —musitó Irene, ajustándole una hebra rebelde del pelo—. Pero recuerda: los detalles pequeños... —señaló la lupa— guardan los secretos más grandes.

En la sala de estar de Irene había una pared llena de marcos con fotografías familiares que atesoraban los momentos más importantes: cumpleaños, celebraciones de éxitos, vacaciones en lugares remotos y reuniones alrededor de mesas rebosantes de comida. Unai se detuvo frente a una imagen en la que su padre, joven y sonriente, aparecía junto a su madre y los abuelos.

—Tía, ¿qué edad tenía mi padre aquí? —preguntó sin apartar los ojos del marco.

Irene bajó el fuego de la olla que hervía en la cocina y se acercó, descolgando la foto para revisar la fecha escrita al dorso.

—Hmm... En esta foto tu padre tenía más o menos tu edad —respondió, pasando un dedo sobre el vidrio empañado por el tiempo—. Dieciséis años, quizá diecisiete.

Unai decidió estrenar la lupa que le había regalado su tía. Acercó el cristal a la imagen: su padre aparecía en bañador, con el pelo alborotado por el viento; su madre llevaba un bikini azul verdoso desteñido por el sol, y los abuelos vestían camisas holgadas y pantalones cortos de lienzo. Con la lupa, examinó una mancha en la pierna derecha del abuelo.

Cerró un ojo, ajustó el enfoque y entonces lo vio: una marca en forma de hoja idéntica a la que él tenía en el cuello y que su padre ocultaba bajo los cuellos altos.

—¡Tía! —exclamó, señalando la foto—. El abuelo también tenía la marca... ¿La del ojo verde?

Irene sonrió con nostalgia, como si hubiera esperado años esa pregunta.

—Sí. Él la llamaba «la huella del bosque». Por eso pasaba días enteros en el monte, inventando historias sobre... —hizo una pausa, buscando las palabras correctas— sobre cosas que solo él veía.

Ya con el pan, el libro y la lupa en la mochila, Unai regresó a casa casi sin aliento. No era solo por la prisa: un hormigueo de nervios y emoción le recorría las venas al pensar que, por primera vez, afrontaría la excursión completamente solo.

La ausencia de su padre —reubicado en una fábrica lejana por los recortes de la empresa— le pesaba en el pecho como una losa, pero también le daba un propósito: demostrar que las enseñanzas de Andrés habían echado raíces en él. Con la mochila ajustada al hombro, tomó rumbo a la Plaza Mayor. Sus pasos resonaron contra los adoquines desgastados mientras atravesaba el corazón del pueblo, donde el olor a pan recién horneado se mezclaba con el rumor de las persianas al levantarse.

Al llegar a las afueras, justo donde las casas se fundían con el campo, se abría el túnel verde: un corredor de robles centenarios cuyas ramas entrelazadas filtraban la luz del sol en manchas doradas. Ese camino era un vestigio de otra era. Siglos atrás, un tren de vapor cargado de mineral de hierro rugía por allí, transportando su carga desde las minas de la sierra hasta los muelles de la costa.

Hoy, las vías oxidadas yacían enterradas bajo capas de asfalto y gravilla, convertidas en una ruta para excursionistas y ciclistas. Mientras caminaba, Unai cerraba los ojos por momentos, imaginando el retumbar de ruedas metálicas y el silbato del maquinista ahogado por el crujir de los árboles. A veces, incluso creía oler el carbón quemándose en la chimenea de la locomotora, aunque sabía que era solo el aroma a musgo y tierra húmeda.

Se preguntaba cómo habrían sido esos parajes antes de que el hierro de las vías y el sudor de los mineros los transformaran: ¿un bosque impenetrable?, ¿un sendero de pastores? Al fondo del túnel verde, una placa de metal oxidada confirmaba su historia:

LÍNEA FERROVIARIA MINERA DEL CANTÁBRICO (1890-1972)

Aquí vivió el progreso. Aquí descansa el silencio.

A Unai le encantaba caminar bajo las copas de los árboles, mirando hacia arriba. Observaba cómo las ramas se rozaban con un murmullo de hojas secas, y por momentos le parecía que los robles susurraban secretos al viento. Sabía que era el aire quien las movía, pero no podía evitar fantasear: ¿y si los árboles se comunicaban así, como las hormigas con sus antenas?

Incluso llegaba a imaginarlos como familias extendidas —abuelos de corteza gruesa, padres de ramas fuertes, hijos de brotes tiernos— que tejían con sus raíces un hogar para pájaros, musgos y criaturas esquivas. Siguió por la antigua vía hasta los dos robles centinelas que marcaban el inicio del sendero que ascendía hacia la cascada. El camino estaba seco y firme (llevaba semanas sin llover), algo que agradeció pensando en su madre.

Amparo siempre lo regañaba cuando volvía con la ropa embarrada:

—Si supieras lo difícil que es quitar estas manchas, no subirías más —le decía, aunque ambos sabían que era una mentira piadosa.

Unai sonrió al recordarlo. «Esta vez le pediré que me enseñe a lavar la ropa —pensó—. Si soy mayor para ir solo, también lo soy para asumir mis manchas». Pero, en el fondo, entendía su insistencia: desde que el accidente la dejó parcialmente paralizada, tres años después de que él naciera, las montañas se habían convertido en un lujo prohibido para ella. Aquel día regresaba del trabajo cuando un camión que circulaba en dirección contraria chocó contra su autobús.

Ahora, las excursiones solo vivían para ella a través de los relatos de su hijo. Mientras se ajustaba las correas de la mochila, Unai prometió mentalmente traerle un puñado de bellotas del roble más alto. «Quizá así el bosque entre en casa», pensó.

Hizo un alto en el camino para quitarse la sudadera y beber un poco de agua. Al mirar hacia atrás, ya no alcanzaba a ver los dos robles grandes. El camino, estrecho y empinado, le hacía ganar altura rápidamente.

Pasado el puente de madera que unía las dos orillas del acantilado, la pendiente se suavizó y el sendero se ensanchó un poco. El paisaje cambiaba: ya solo se veía naturaleza en todas direcciones. El hambre comenzó a reclamar su atención, y el estómago le gruñó pidiendo parte del bocadillo de tortilla que llevaba en la mochila. Pero se dijo a sí mismo:

—Te tendrás que conformar con una manzana. Quiero comer el bocadillo contemplando la cascada, subido al viejo tronco que une las dos orillas del río.

Sin duda, ese era su lugar favorito en el mundo: contemplar la cascada desde abajo, ver y oír el agua caer y desaparecer bajo sus pies. Los días de viento, después de haber llovido mucho, el agua golpeaba con fuerza y le mojaba la cara como una lluvia fina. La bruma que se levantaba al chocar con las rocas lo refrescaba igual que la brisa de un mar bravío. Pocas sensaciones lo hacían sentirse tan bien; era como si aquel lugar estuviera unido a él desde siempre.

Pasada ya la última curva del desfiladero, el horizonte se abrió a lo ancho. El paisaje cambió como por arte de magia: lo que antes eran dos paredes de montañas altas y un profundo barranco era ahora una explosión de color en la que predominaba el verde de los pastos altos de montaña, salpicado de pequeñas flores blancas, amarillas y moradas.

Las arañas habían tejido sus telas sobre las zarzamoras, y a Unai le gustaba ver cómo brillaban las gotas de rocío atrapadas entre los hilos: parecían pequeños trozos de diamante. El camino que se abría en medio de la pradera verde parecía la huella de una serpiente gigante: curvas suaves que salvaban pequeñas depresiones de la montaña, eses interminables que llevaban al bosque donde estaba la Cascada Redonda y que, por primera vez, a sus dieciséis años, recorría solo.

Un viento más intenso de lo normal le hizo recordar una de las veces que subió con su padre y con Eneko. El viento soplaba con fuerza, y los dos muchachos se subieron a un montículo de tierra cubierto por un manto verde. Las hierbas más largas les llegaban a las rodillas, y con los brazos abiertos —el viento azotándoles la cara— hacían equilibrios inclinándose hacia delante.

—¡Mira, papá! ¡Podemos volar! —gritó Unai, riéndose entre dientes.

Ese día, su padre los observó durante un buen rato, divertido al ver cómo los primos jugaban con el viento, que les enredaba el pelo. Desde su posición, más baja, no podía ver sus pies, ocultos por la hierba alta, y si cerraba los ojos un instante, casi creía verlos levitar. Sacó el móvil del bolsillo y tomó varias fotos. No serían las últimas de ese día, pero sí las que más guardaría en su memoria: sabía que pronto tendría que alejarse, y cada excursión se convertiría en un tesoro.

Unai recitó en voz baja:

Camino serpiente, muéstrame lo que escondes tras tu horizonte. Cuando cierro los ojos, ya veo ese lugar que guardas, donde el polvo de mis pasos se funde con tu tierra.
Quiero mojar mi cabeza en el manantial que cae de la fuente de los gigantes, tallada entre rocas gemelas. Hoy, aventurero en soledad, busco la calma de tu cima, el arcoíris que tejes con la bruma de la cascada.
Camino serpiente, no me marearás; sé que no lo harás, y hoy te saborearé como nunca. Con los ojos cerrados avanzaría, pues en mi mente vive el mapa de este sueño. Quiero llegar, sumergirme en el agua fría que los gigantes dejaron correr entre las piedras antiguas.
Hoy, en mi soledad, alcanzaré la paz que respira en tus alturas silenciosas.

En la última curva antes de la cima, Unai suspiró aliviado. Le resultó curiosa la sensación de no estar solo en aquella aventura iniciada en solitario.

Durante todo el camino, los recuerdos de las veces que había recorrido la ruta acompañado lo habían perseguido, y ahora casi podía sentir la presencia de su padre y de Eneko a su lado. Casi veía la escena del día en que aprendió a beber agua de la pared del acantilado. El manantial caía en una cascada pegada a la piedra lisa. La técnica era sencilla: apoyar el antebrazo contra la roca y dejar que el agua se acumulara en el hueco del codo para beber sin prisa. Sonrió al recordar cómo Eneko, sin remangarse el jersey, había acabado empapado de lado a lado.

Pero cuando la felicidad se convierte en desdicha y la alegría abandona el cuerpo, el peso es insoportable. Así se quedó Unai al llegar a la cima: se frotó los ojos con fuerza, cegado por unos segundos, y suplicó que lo que veía no fuera cierto. Ni un solo árbol se había librado de la tala. Todo Monte Redondo se alzaba desierto ante sus ojos: sin ramas que meciera el viento, sin pájaros que entonaran canciones, sin sombras danzando en el suelo.

El silencio le ensordeció los oídos. Corrió unos metros entre dos colinas, rogando que la desgracia se hubiera limitado a la primera vaguada, pero al alcanzar la cima de la hondonada comprobó que ningún árbol seguía en pie. Giró en círculos, escudriñando el horizonte: nada vivo por encima de sus rodillas, solo tocones mutilados como heridas abiertas en la tierra.

Frente a la gran cascada de Monte Redondo, Unai era un reflejo distorsionado de su furia. Las lágrimas que brotaban de sus ojos imitaban el caudal desesperado del agua, pero ni el viejo roble caído —donde había planeado

comer su bocadillo— ni ningún otro árbol habían resistido. Ni el rugido de la cascada logró ahogar el eco de su grito, que se perdió entre las rocas como un lamento.

Un cansancio plomizo se apoderó de su cuerpo. Las fuerzas lo abandonaron al comprobar que el paisaje lo había envejecido décadas en segundos. Se dejó caer sobre un tocón cuya corteza mostraba anillos, testigos de tiempos mejores. Apoyó los codos en las rodillas, hundió el rostro entre las manos y así permaneció hasta que las lágrimas dejaron de surcarle la piel, hasta que el charco a sus pies dejó de crecer.

—¡Vorin! —gritó Nyr, con una voz como el crujir de ramas—. Tienes que venir a ver quién está sentado en el viejo árbol.

Vorin, el Vigilante del roble talado, se acercó con pasos silenciosos. Su cuerpo era una mezcla de corteza y musgo, y en las manos sostenía un frasco de resina donde flotaba un destello dorado: el último latido del árbol. Observó a Unai, cuyas lágrimas resbalaban hasta el suelo.

—Es el chico del ojo verde —susurró Nyr, señalando la marca en forma de hoja que Unai tenía en el cuello—. Su dolor es auténtico. ¿Cumpliremos el Pacto?

Vorin asintió. Con un gesto, otros Sylvánimas emergieron de los tocones, portando hojas secas y frascos similares al suyo. Rodearon a Unai y, sin que él los viera aún, depositaron una hoja de fresno sobre su mochila. En ese instante, el viento arrastró un susurro:

—Los que lloran por los árboles... pueden escuchar su último canto.

Unai levantó la cabeza. Algo había cambiado. Entre los tocones, ahora veía destellos dorados danzando como luciérnagas. Extrañado, comenzó a recordar.

—Algo me es familiar... Estos destellos dorados... Los he visto antes. O los he soñado.

Cerrando los ojos, revivió los cuentos que su padre le contaba al arrullo del viento nocturno. En esos cuentos, los Sylvánimas se ocultaban de los hombres, pero no por miedo, sino por desconfianza. Solo los nacidos con la marca del ojo verde podían verlos..., pero solo después de pronunciar las palabras sagradas y completar el Ritual de la Naturaleza Eterna. Unai tomó aire hasta hinchar los pulmones y contuvo la respiración. Necesitaba desconectar, aunque fuera unos segundos, de la desolación que lo rodeaba.